

## ENTRE WEBER Y EL CONDUCTISMO: ENCUENTROS CON JUAN LINZ

ÁLVARO MORCILLO LAIZ (1)

Este texto es poco más que una colección de anécdotas, citas y observaciones; no pretende contribuir al sobrio y noble género del obituario como lo practica, por ejemplo, *The New York Times*. Un motivo para no pretenderlo es que mientras que Juan J. Linz cultivó relaciones de amistad que en algunos casos abarcan de la segunda posguerra al siglo XXI, yo no lo conocí hasta 1999, en una escuela de verano que el European Consortium for Political Research (ECPR) organizó en Lisboa. Además, existen expertos tanto en su biografía como en el conjunto de su obra, como José Ramón Montero y Thomas Jeffrey Miley, autores del retrato que abre el primer volumen de las *Obras Escogidas* de Linz (2). Insisto en que son sus amigos de toda la vida y sus alumnos más fieles quienes pueden escribir una nota apropiada. Yo sólo quisiera ofrecer aquí una perspectiva particular, abrevando de mis encuentros con él, de algunas historias de su cosecha y de la de Rocío de Terán, su esposa, así como trayendo a colación algún papel guardado en los archivos.

Los detalles biográficos anclan su vida en la historia del siglo XX, retrayéndonos a tiempos en los que en España no se sabía ni qué fue el *Black Thursday*, ni quién era Francisco Franco, ni dónde estaba Manhattan. Linz

---

(1) Profesor-Investigador en el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), México D. F. Agradezco a José Ramón Montero su ayuda, que entre otras cosas me ha permitido evitar algunos errores; los que han quedado son míos.

(2) Thomas Jeffrey MILEY y José Ramón MONTERO, «Un retrato de Juan José Linz Storch de Gracia», en el volumen 1 de las *Obras Escogidas*, dedicado a *Fascismo: perspectivas históricas y sociológicas*, editadas por J. R. Montero y T. J. Miley (Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2008), pp. xxi-lxxiii.

nació en 1926 en Bonn, de madre española, y pasa sus primerísimos años en un barrio acomodado de Colonia. Poco después de la crisis de 1929, madre e hijo marchan a Madrid para tratar de salir adelante; el padre, que se había quedado en Alemania para salvar lo que se pudiera del patrimonio familiar, muere atropellado por un vehículo conducido por un borracho. Después de años difíciles en España, estalla la Guerra Civil en julio de 1936 por lo que, evitando el cerco que las tropas fascistas iban a cerrar en torno a Madrid, Juan y su madre marchan a Alemania, donde ella trata de encontrar un trabajo recurriendo a los pocos contactos disponibles en los ambientes hispanos de Múnich, en el entorno del Pädagogium Español y de María de la Paz Borbón y su marido, Luis Fernando de Baviera.

En el Berlín inmediatamente posterior a los Juegos Olímpicos de 1936 entran en contacto con una mujer que había ayudado a perseguidos y represaliados por el régimen nazi; el contacto se lo proporciona el obispo Konrad von Preysing, uno de los pocos jerarcas católicos abiertamente críticos con los nazis. De los labios de esa señora Juan oye por primera vez de los horrores del totalitarismo, de los campos de concentración para enemigos políticos, como Sachsenhausen, en las afueras de Berlín. Al salir de la reunión su madre le conmina: «No olvides nunca lo que has oído, pero, por ahora, ¡chitón!», y mientras habla hace el gesto de cerrar la boca con cremallera. Es una experiencia paralela a la de un futuro colega y amigo de Linz, Günther Roth, a quien, mientras observaba la última deportación de judíos en Darmstadt, su padre le espetó: «Nunca olvides cómo tratan a las personas». En los últimos años noventa y aún en los albores del siglo XXI, Linz seguía visitando con asiduidad el Bendlerblock, en Berlín, donde está situado el *Gedenkstätte Deutscher Widerstand*, el Centro Conmemorativo de la Resistencia Alemana.

A principios de 1937 regresaron a España, a Salamanca, «zona nacional», en donde, como en el resto de las provincias castellanas, no hubo combates después de los primeros días del alzamiento militar. En agosto de 2013 —ya me lo había mencionado en otra ocasión anterior—, Juan me contó cómo su madre, Pilar Storch de Gracia, trabajó durante aquellos años para que los niños salmantinos tuvieran algo de atención médica y una mejor alimentación.

Después de la guerra, y a pesar de los escasos recursos que su madre y él tenían, Linz puede estudiar Derecho y Ciencias Políticas y Económicas en la entonces Universidad Central de Madrid librándose de pagar tasas por sus excelentes calificaciones. Terminadas ambas carreras, y la Segunda Guerra Mundial, Linz trabaja dos años en el Instituto de Estudios Políticos (IEP) con quien había sido su profesor de Derecho Político, Francisco Javier Conde. Cuando al poco de conocernos él me mencionó ese paso, me extrañó que tuviera relación académica con un adepto, por interés o convencimiento, al ré-

gimen. Me lo explicó contándome que por entonces estaba estudiando temas de sociología política que le interesaban tanto a Conde como a él. Además, le había conocido en Berlín, en la Nochebuena de 1936, y le había orientado años después en sus primeras lecturas, entre otras las de Hans Freyer, Karl Mannheim, Ferdinand Tönnies y naturalmente Max Weber, de cuya obra *Economía y sociedad*, en la traducción del Fondo de Cultura Económica, repartían copias mimeografiadas a los estudiantes del curso de Derecho Político. De la colaboración con Conde sé también que estuvieron en desacuerdo sobre un dictamen referido al transporte de combustible, que Conde hizo preparar de modo que se reservase a CAMPSA, es decir, al Estado, dicha actividad en perjuicio de los empresarios y en contra de la posición de Juan al respecto, más liberal.

En la sombría España del nacional-catolicismo, el IEP era uno de los pocos lugares donde se toleraba un cierto pluralismo de ideas; allí estuvo también Manuel García-Pelayo, oficial del ejército de la República, exiliado en ciernes, autor de un excelente *Derecho Constitucional comparado* del que Juan, en un gesto amistoso, pero frugal, me regaló, al poco de haberlo conocido, no una copia, sino ¡la fotocopia de un capítulo suelto que traía consigo! En una ocasión, me contó un reencuentro con García-Pelayo, décadas después, en medio de un diluvio, en Asturias, con otras luminarias españolas del Derecho Público. Ellos dos fueron quienes más han escrito en español en clave weberiana, junto, tal vez, a José Medina Echavarría, uno de los traductores de *Economía y sociedad*.

En unos años en los que España estaba pasando desde un régimen fascista a un aliado anticomunista de Estados Unidos, Linz obtuvo una beca de nuestro Ministerio de Asuntos Exteriores para ir allí por un año. Quería investigar sobre ejército y política con Hans Speier, un exiliado alemán afiliado a la New School for Social Research, en Nueva York, pero Speier estaba trabajando en aquel momento en la RAND Corporation. De todos modos, la Embajada española vetó la New School.

Al terminar afiliado a la Universidad de Columbia, Linz tuvo la fortuna de llegar al que posiblemente ha sido el mejor Departamento de Sociología en la historia de la disciplina y donde también se formaron —a algún lector le parecerá paradójico— grandes politólogos. Entre los profesores que ya estaban activos antes de la Segunda Guerra Mundial se encontraban Robert Lynd y Robert McIver, pero durante los cuarenta llegaron Paul F. Lazarsfeld, Robert K. Merton y Kingsley Davis. Si a algún lector joven no le suenan estos nombres, seguro que los de sus alumnos sí le resultan familiares, pues no fueron menos ilustres que sus profesores: Seymour Martin Lipset, Daniel Bell, Nathan Glazer, Peter Blau, Lewis Coser y el propio Juan Linz.

Es más, casi podría decidirse que allí se inventó la investigación moderna sobre comportamiento político, en las oficinas del Bureau of Applied Social Research y en el viejo edificio de Fayerweather Hall, del que otro ilustre graduado, James Samuel Coleman, dijo que el poner un pie allí había marcado un antes y un después en su vida. Por Morningside Heights profesaron también Otto Kirchheimer, el padre del concepto de *catch-all party*, y su antiguo colega del estudio berlinés de abogados laboristas, Franz Neumann, el autor de *Behemoth*, un estudio pionero sobre el Estado nacional-socialista. Una tarjeta con una foto de Neuman acompañaba unos documentos que le mandé a Juan hace un par de años; me comentó que le había resultado extraño ver una imagen de Neumann de joven, cuando él lo había conocido de viejo. En la foto, Neumann debe andar cerca de la cincuentena, pero cuando recibió la postal Juan ya tenía 84, lo cual hacía que el hombre de la foto pareciera un principiante.

Volviendo a sus primeros años en Columbia, no es necesario aquí hablar de las penurias materiales e intelectuales que Linz pasó para mantenerse como estudiante de doctorado en ese entorno y durante los años que siguieron a la terminación de la beca española, que tenía solo nueve meses de duración. Existe una lista interminable de leyendas sobre lo que llegó a comer, que Juan rechazaba como apócrifas. Resulta más interesante destacar lo que le costó ganarse el respecto intelectual de sus profesores y sus compañeros, para quienes Linz venía de un país en el que había un régimen sobreviviente del fascismo y de una universidad que abarcaba todo lo que no había sido purgado (incluso Conde estuvo a punto de ser excluido); el mismo Lipset ha escrito sobre la difícil situación de partida de Juan. Téngase en cuenta, además, que la debacle universitaria española después de 1936 no era desconocida en Columbia; entre quienes habían tenido una afiliación con la universidad en la posguerra estaba Fernando de los Ríos, quien no había podido volver a su cátedra en Madrid; ni a España, claro. Profesores como Lazarsfeld, un socialdemócrata vienés que se describía como «un marxista de vacaciones», o Lipset, que durante la carrera había sido trotskista por un año y durante los restantes mero anti-estalinista (3), debían preguntarse, con razón, qué tipo de profesores había tenido Juan Linz en la depurada Universidad Central de Madrid. Tampoco le ayudaron sus propias opiniones políticas, alejadas tanto del franquismo como del mito republicano.

Además de convivir con los prejuicios, durante sus primeros años en Columbia Juan tuvo que adquirir la formación que le permitiese pasar de su educación «humanista» y jurídica a ser un *pollster*, un *social researcher*. En

---

(3) <http://www.planethan.com/drupal/out>, última fecha de consulta, 14 de abril de 2014.

el texto autobiográfico de Theodor Adorno, «Scientific Experiences of a European Scholar in America», pueden entrecruzarse las dificultades del proceso, concretamente las que Adorno tuvo con el propio Lazarsfeld. Es probable que las muchas lecturas de Juan le permitieron sobrevivir, en especial las de Weber, cuya obra conocía «as no one among the Columbia students ever came to understand him, and as very few faculty members have.» (4) De hecho, Juan llegó a dar el curso de Teoría Sociológica, en ocasiones al alimón con Merton, en ocasiones sustituyéndolo, usando su ejemplar de *Wirtschaft und Gesellschaft*.

A pesar de estos retos, pocos años después de llegar, en 1956, Linz está como ayudante de investigación de Lipset, su maestro y amigo, en otra institución crucial para las ciencias sociales, el Center for Advanced Study in the Behavioral Sciences, en Palo Alto (California), que acaba de ser inaugurado gracias al apoyo de la Ford Foundation, y concretamente de Frank Staton, un amigo de Lazarsfeld. El centro es la punta de lanza de la que Juan llamó «behavioral revolution in comparative politics» en el obituario de Lipset (5). Es fácil imaginar lo que aportaba un *hochgebildeter* políglota como Linz, una persona de una enorme cultura, a un prolífico autor como Lipset. El producto reconocido sólo implícitamente de aquella colaboración es *Political Man*, cuyo significado para la Ciencia Política no es necesario subrayar; varias preguntas cruciales para la disciplina están formuladas allí en modos que siguen siendo útiles. El año siguiente continúa de asistente de Lipset, pero en la Universidad de Berkeley, donde también trabajaba Reinhard Bendix, con Roth como asistente.

Durante su estancia en California, Linz solicita una beca del Social Science Research Council (SSRC) para llevar a cabo un proyecto sobre política en España. Traigo a colación el episodio porque permite entender la continuidad de su interés sobre España como objeto de estudio, a pesar de que lleva diez años fuera del país y de las dificultades de hacer en esas condiciones trabajo de campo. Sin embargo, Linz le explica a Merton que «with the money [de la beca del SSRC] I would be able to work for four or five years doing research. This would be a unique way to start a lifelong program of

---

(4) Seymour Martin LIPSET, «Juan Linz: Student-Colleague-Friend», en H. E. Chehabi y Alfred Stepan, eds., *Politics, Society, and Democracy: Comparative Studies* (Boulder, Colorado: Westview, 1995), p. 3.

(5) <http://www.ned.org/apsa-cd/Linz-Lipset%20memorial.html>, última fecha de consulta, 13 de abril de 2014.

research on Spanish society in a comparative perspective.» (6) De hecho, él y Alfred de Grazia enviaron al Committee on Comparative Politics del SSRC, presidido por Gabriel A. Almond, un proyecto que no estaba formulado «as I would have done it for a group of sociologists, but having a committee of political scientists, and even more a specific program, in mind». (7) El proyecto es un documento muy revelador sobre en qué consistió y cómo triunfó la mencionada «revolución conductista». Es como si con ese proyecto Juan estuviera dando *una* respuesta a una observación suya anterior: «Ya no nos es lícito trabajar sólo con los conceptos de la gran Sociología alemana» (8).

En realidad, el proyecto contiene una agenda que tardará décadas en desarrollar: la composición de las elites y el comportamiento político de las masas, los centros de poder fuera de Madrid, el problema de la sucesión. Pero lo más destacable es que el proyecto incluye ya su tesis sobre las diferencias entre los regímenes autoritarios y totalitarios: «The existence of a pluralism or indirectly political groups, in contrast to the monopolistic or at least seriously dominant position of one political group in totalitarian systems, would seem the most significant and distinctive characteristic of authoritarian regimes.» (9) Al justificar ante Merton por qué estudia España a través de su sistema político, Linz arguye que es lo que puede ayudar a entender el régimen, «its strengths, and the weaknesses which may lead to its breakdown (or transformation) in perhaps, I hope, the near future.» (10) ¿Sus modelos? El *Behemoth* de Neumann, *Terror and Progress* de Barrington Moore y por supuesto «el análisis sociológico-político de la Alemania imperial» de Weber, o el *tío Max*, como Juan y Rocío le llamaban. Juan se lo escribió a Merton, y cincuenta años después le contó a Raimund Krämer, quien editó en alemán el famoso capítulo sobre «Totalitarian and Authoritarian Regimes», que, al redactarlo, «tenía a Weber en el cogote».

Tres años después, ya desde Madrid, escribe de nuevo a Merton: «I would have liked to write you sooner but I have overburdened myself with work and

---

(6) Carta de Linz a Merton, 26 de noviembre de 1956, en Robert Merton Papers, Series II.1, Box 53, Folder 8 —Linz, Juan— 1956-1971; Rare Book and Manuscript Library, Columbia University Library, p. 1. En adelante, F8.

(7) Carta a Merton 26 de noviembre de 1956, en F8.

(8) Juan J. LINZ, «Primer año de una revista alemana de Sociología», *Revista de Estudios Políticos*, 46, 1949, p. 220.

(9) «Basis, Distribution and Trends of Political Power under Authoritarianism-The Case of Spanish Regime», en Rockefeller Archive Center, Social Science Research Council, RG 1, Accession 1, series 1 —Committee Projects, Subseries 74— Committee on Comparative Politics, box 735, folder 8859.

(10) Carta a Merton, 26 de noviembre de 1956, p. 2, en F8.

can't find a free moment for almost anything.» (11) La carga consiste en una encuesta a empresarios españoles: «A sample of 502 businessmen taken at random among the directors of those employing over 50 people, oversampling those over 200, in all heavily industrialized parts of the country and some other provinces», y en codificar el Registro de Asociaciones Voluntarias en el entonces Ministerio de la Gobernación para averiguar a quién no se le permite establecer la suya, por qué motivos y quién lo decide. Sin embargo, es una tarea ardua: «It means to count by hand all cards in 10 drawers. Not to use this opportunity would be stupid –who knows if and when I would have it again». A pesar de que su obsesión por recopilar toda la información —sólo *data*— relevante para sus casos haría pensar que nunca acabaría, cuatro semanas después Linz regresa en barco desde Gibraltar a Nueva York para dar sus clases.

En los años siguientes, en Columbia se percibe una creciente preocupación con los manuscritos inacabados o inéditos de Linz, incluida la que Philippe Schmitter calificó como la *most cited unpublished dissertation*. Pero en 1965 Merton y Lazarsfeld empiezan a inquietarse realmente por la posibilidad de que sea contratado por otra universidad. Deciden entonces organizar un comité para ascenderle a *associate professor*; la lista de quienes lo apoyan es espectacular. De entre los americanos, todos los nombres resultan imprescindibles en una historia intelectual de Estados Unidos después de 1945; todos, americanos y europeos, son cruciales para la de la Política Comparada. Su antiguo mentor, Lipset, señala: «As you know, I have worked closely with Juan for many years. (...) He is widely read in the social science literature of many societies. He has a genuine integrative creative mind. The one reason he has not yet won the wide recognition he richly deserves is that he is so committed to research, to discovery, to getting all the possible data bearing on problems which interest him, that he gives less emphasis to finishing and publishing.» (12)

El problema de su limitada efectividad en términos de publicaciones aparece una y otra vez en las cartas, así como la admiración por los paradójicos motivos de la misma. En opinión de Giovanni Sartori, «he is, I believe, a genuine first rate scholar which combines an amazingly broad and solid theoretical background with a perceptive and gifted research ability. In fact I can only think of two reservations, namely, that he is a perfectionist and

(11) Carta a Merton, 11 de diciembre de 1960, en F8.

(12) Carta de Lipset a Merton, 2 de marzo de 1965, en Robert Merton Papers, Series II.1, Box 53, Folder 9 —Linz, Juan— Festschrift 1991; Rare Book and Manuscript Library, Columbia University.

that he works too much.» (13) Reinhard Bendix, otro *ex European*, consigue convertir un defecto en virtud: «He is (...) one of the few scholars with a European background, who has learned to combine what is valuable in European social science scholarship with the best empirical traditions of American sociology. It is all too rare a combination, and where it occurs it deserves all the support we can give it.» (14) Otro de los miembros del Committee on Comparative Politics, James Smoot Coleman, le confiesa a Merton: «I write this letter with mixed feelings because our Department [en la Universidad de California en Los Ángeles, UCLA] was most eager to entice Juan Linz here. As you probably know, we did in fact make him an attractive offer but he declined because of his strong attachment to your department, to Columbia University, and to New York City.» (15)

Coleman y la UCLA no fueron los últimos en intentar contratarle. A finales de los sesenta llegó un tiempo muy duro para las pocas universidades situadas en grandes urbes y que a las vez son consideradas *excelentes*, hasta el punto de que, años después, Edward Shils comentaba que, si en aquel momento crucial no hubiera tomado la dirección adecuada, «the University of Chicago would now be a ruin in a Negro slum.» (16) También Columbia sufrió, entre otros motivos por la atracción que ejercían Yale y su Departamento de Ciencia Política. En ese contexto, Daniel Bell manda una nota a Merton: «Dear Bob, I understand that there is a distinct chance we may lose Juan Linz because he regards the Department's [de Columbia] answer to the offer he has from Yale as unacceptable. This would be an unmitigated disaster for us. (...)» A pesar de que, como Lipset escribió años más tarde, Linz no quería irse de Columbia ni sus colegas de Columbia querían dejarle marchar, el matrimonio Linz terminó estableciéndose en Hamden, cerca de New Haven, y allí, a una hora y media de Nueva York, permaneció durante más de cuarenta años.

En agosto de 2013, en una tarde de domingo, después de un estupendo almuerzo de gazpacho y pescado al ajoarriero, descansábamos frente al *pond* en la terraza trasera de la casa de Linz, en la que se han pensado y escrito muchas páginas que tantos de nosotros hemos leído y dado a leer. (Y no sólo se han escrito allí los trabajos de Juan, sino los de muchos otros, alumnos formales y *de facto*, como Xavier Coller, Thomas Jeffrey Miley, José Ramón

(13) Carta de Sartori a Merton, 8 de marzo de 1965, en F8.

(14) Carta de Bendix a Merton, 5 de marzo de 1965, en F8.

(15) Carta de Coleman a Merton, 4 de marzo de 1965, en F8.

(16) Carta a John Wilson, 25 de febrero de 1975, en Edward Shils Papers, Series III — Correspondence, Folder 38— Wilson, John; Special Collections Research Center, University of Chicago.



Montero, Richard Gunther y un largo etcétera.) A diferencia de otras visitas, Juan no daba la impresión de buena salud y se le veía más necesitado de cuidados que en otras ocasiones. Pero de todos modos hablamos durante horas de sus alumnos y de los libros que éstos han publicado, del Museo del Prado de Madrid y de la Metropolitan Opera de Nueva York, uno de los motivos por los que se pensaba que Linz nunca dejaría Columbia.

En la escuela de verano sobre federalismo financiada por el ECPR en la que conocí a Juan (y a Rocío), también participaron Alfred Stepan, Richard Rose, Leonardo Morlino, Claus Offe y Susan Rose-Ackerman, entre otros. Uno podría pensar que en 1999 Linz era ya una vieja gloria, pero acababa de publicar, con Stepan, en 1996, *Problems of Democratic Transition and Consolidation*. El elenco para la sesión estiva resultó ser magnífico para alguien que, como yo, iba a hacer un doctorado sobre un tema de política comparada (e integración europea). En cuanto al resto de los asistentes, que tuvimos la suerte de poder convivir con Linz, Stepan y sus esposas cada día durante dos semanas, sólo sé del destino de tres: uno está en la Universidad de Cambridge, otra en la London School of Economics y otro en el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE), en México D. F.

El primer entrenamiento en el método comparado que Linz recibió fue peculiar, y desde luego muy distinto del mío. Mientras su madre acudía en el Berlín de 1936 a entrevistas para encontrar el modo de ganarse la vida, Juan la esperaba sentado en la Staatsbibliothek, leyendo cuentos con el objetivo de encontrar referencias al número siete, un indicador de la influencia de los hermanos Grimm en la narrativa española. Ya estaba comparando, como él contaba, risueño, setenta años después, junto al *pond*. Otro hispano-alemán como él comentaba en los noventa que el único idioma que Juan hablaba sin acento era el alemán; es cierto que en español hacía unas erres poco castizas y que en inglés hablaba con deje mesetario.

En esa tarde de verano de 2013, recordamos también nuestro siguiente encuentro en Berlín, hacia 2002. Linz participaba en el comité de selección para una cátedra en el Wissenschaftszentrum Berlin für Sozialforschung (WZB), un centro de investigación fundado, entre otros, por Karl Deutsch, uno de quienes firmaron las cartas a favor de la concesión a Juan de *tenure* en Columbia. Claus Offe me avisó de que Linz estaba en Berlín; le llamé desde mi oficina de doctorando en la Jäger Str., en un edificio con un patio taraceado por disparos de ametralladora. Después de oír durante un rato voces lejanas a través del teléfono, como las de las telefonistas de Marcel Proust, se puso Juan: le habían encontrado fumando en el descansillo de la escalera. El procedimiento se ejecutaba de acuerdo, al parecer, a una cadencia exacta, dos horas de leer, un cigarrillo; decía Jeff Miley que eran de la misma marca de

los que llevaba fumando desde siempre. Tal vez ese ritmo le permitió hacer lo que, según uno de los miembros del comité, nadie más hizo: leerse todos los expedientes completos, siguiendo la divisa que aprendió de su maestro Lipset «every project must be thorough, no matter how long it takes». Al teléfono acordamos vernos a la noche en su hotel, junto a la Savigny Platz. Compartimos una cena frugal, como si aun fuera estudiante: concretamente, un bocadillo.

En mis intentos de entender la a veces velada influencia de Weber y, en general, el desarrollo de las ciencias sociales a partir de la segunda posguerra, le pregunté sobre las instituciones —el Departamento de Sociología en Columbia, el SSRC— y los autores más influyentes —Talcott Parsons, Lazarsfeld— más de una vez. Sin embargo, durante mis conversaciones de los últimos años en su casa de Hamden nunca conseguí que fuera más allá de lamentar la creciente desconexión entre la Ciencia Política contemporánea y la Teoría Sociológica. Frente a las críticas a los dos grandes departamentos de ciencias sociales en la crucial década de los cincuenta, y en particular el de Parsons en la Universidad de Harvard, Linz y muchos otros han destacado el pluralismo de Columbia, donde, indudablemente, mentores como Lazarsfeld, Merton, Davis y Lynd abrían a los jóvenes el camino a formas muy distintas de practicar la ciencia social. Frente al severo cuestionamiento que después se hizo del Committee on Comparative Politics, desde el que Almond, Coleman y los teóricos de la modernización impregnaron el estudio de la Política Comparada, nunca le oí a Linz más que un rotundo «el SSRC sigue siendo lo más serio que hay».

A Juan me unía obviamente el ser español, en su caso por elección, porque decidió quedarse del lado de los niños salmantinos hambrientos durante la guerra, así como su interés vitalicio en Weber. No en vano Linz recibe de Roth, en los agradecimientos que éste escribe en su introducción a *Economy and Society*, un cumplido para mí insuperable: el de ser «a scholar of Weberian breadth». En una visita anterior a Hamden, en el otoño de 2011, Juan me dejó *expoliar* su colección de *weberiana*; el otro presagio llegó casi dos años después cuando, al final de la visita, ya no me despidió desde el sillón con orejas que aparece en tantas fotos con el sólito «vuelve cuando puedas». El taxi llegó, el tren se iba, salí apresuradamente y Rocío me saludó desde la puerta: Juan falleció solo unas semanas después. Su tabaco, su agradecimiento al SSRC, las amistades con alumnos y colegas que atraviesan el siglo, su matrimonio con Rocío —*bis ins pianissimo des höchsten Alters*, hasta el *pianissimo* de la edad más avanzada—, son muestras de una fidelidad que debe tener también un valor intelectual.